PQ
6352
A7

Arrabal, Francisco M.
A través del Quijote; colección de artículos.

A TRAVÉS

DEL

QUIJOTE

(Colección de Artículos)

POR

Francisco M. Arrabal

MADRID
Hijos de Cuesta, Sucesor Luis Santos
9, Carretas, 9.

1909.

PQ
6352
A7

A TRAVÉS

DEL

QUIJOTE

(Colección de Artículos)

POR

Francisco M. Arrabal

MADRID
Hijos de Cuesta, Sucesor Luis Santos
9, Carretas, 9.

1908.

Al Excmo. Señor

D. Manuel Gil y Lozano

Oficial Mayor del Senado

dedica este modesto trabajo en prueba de sincero afecto.

El Autor.

Introducción

Innumerables son los trabajos literarios que han llegado á nuestras manos interpretando cada cual á su modo la inmortal novela de Cervantes.

Innúmeras son tambien las veces que hemos tenido el placer de leer ese libro sublime, llamado por alguien *Catecismo del buen humor*, libro sin disputa el más importante de cuantos ha producido el pensamiento humano, y en cuya lectura hubimos de hallar, con repetida frecuencia sobrados argumentos para muchos y variados artículos; pero que luego de apuntados, debimos dejar para pluma que no fuese la nuestra, para pluma mejor cortada y más digna de narrar tantas bellezas y tantos y tan dorados conceptos; pero nuestra loca y disparatada fantasía, loca y disparatada como lo fué para regocijo de la humanidad la del hidalgo manchego, libre de todo freno, ó fascinada tal vez por algún otro sabio Frestón, no pu-

do resistir á tan pecadora tentación, y sin encomendarse como vulgarmente se dice ni á Díos ni al diablo, se lanza á tan difícil tarea y aunque falto de todas condiciones, conseguimos dar á la publicidad nuestros mal hilvanados trabajos, los que, reunidos hoy en forma de folleto ofrecemos al público, seguros de que nada nuevo ofrecemos y seguros tambien de que plagiando à ciertos vendedores callejeros podriamos decir con razón que el papel vale más; pero sirva de disculpa á tanto atrevimiento, hacer constar que sólo nos proponemos satisfacer un capricho, que no solo de pan vive el hombre, y satisfacer á la vez los reiterados ruegos de algunos amigos, tan devotos y apasionados como nosotros de esa obra singular orgullo de nuestra raza, que lleva por título *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, á la que la posteridad más remota tributará siempre himnos de admiración y cantos de alabanzas para el esclarecido sabio que le escribiera.

EL BANDOLERISMO

y el Quijote.

Es el bandolerismo un azote que desde las épocas más remotas han sufrido todos los pueblos; pero que cual otra plaga de las muchas que sufre la humanidad, ha experimentado la evolución progresiva de los tiempos; cierto que no ha desaparecido; pero el bandolerismo no es hoy una profesión, no està organizado como lo estuvo en otras épocas, el bandolerismo de hoy será el bandolerismo de siempre, el bandolerismo aislado y propio del que se encuentra aguijoneado por el hambre.

En nuestro país fué siempre muy corriente el hampa y el bandidaje, han existido en todas las provincias; pero muy particularmente gozaron de tan poco envidiable celebridad las provincias catalanas y andaluzas. En

ellas, más que en ninguna otra se han desarrollado siempre con más libertad, ó mejor dícho, con más tolerancia ó descaro, todas las distintas formas en que el hampa se divide.

En Andalucía, era Sierra Morena el campo donde bandoleros y salteadores verificaban todas sus evoluciones, con las cuales podían con facilidad burlar la constante persecución de que eran objeto.

En el capítulo XIV contestando Don Quijote á la invitación que le hicieran Vivaldo y su compañero de que se fuese con ellos á Sevilla, dijo que por entonces ni podía ni debía ir, hasta que hubiese despejado todas aquellas sierras (se refiere á Sierra Morena), de ladrones y malandrines, de que era fama que todas estaban llenas.

A tal extremo llegó la importancia del bandolerismo en los siglos XVI y XVII, que era una temeridad emprender un viaje, como no fuera convenientemente garantida la persona del que á realizarlo se propusiera. «Quiere uno hacer un viaje largo—dice Don Quijote--y, si es prudente, antes de ponerse en camino, busca alguna compañía segura».

En el transcurso de la novela se hallan con frecuencia hechos que co-

rroboran lo dicho anteriormente por Don Quijote, hechos que justifican el temor que entonces existía de hacer un viaje una persona sola.

Los mercaderes toledanos que iban á Murcia por seda, á pesar de que eran seis llevaban, sin embargo, cuatro criados á caballo, amén de tres mozos de mulas, todos ellos convenientemente armados, que les sirviesen de guarda de sus personas y de su hacienda.

El canónigo de Toledo, aquel que acompañara á Don Quijote cuando el Cura y el Barbero lo llevaran encantado á su lugar, llevaba como custodia y guarda de su persona seis criados bien fuertes y aderezados.

A Don Fernando y á Luscinda, también le daban guarda varios hombres de á caballo provistos de lanzas y de adargas.

A los dos gentiles hombres llamado el uno Vivaldo, que montados á caballo se encaminaban para asistir al famoso entierro de Grisóstomo, les acompañaban tres mozos de á pie.

El licenciado Juan Pérez de Viedma, hermano del capitán cautivo, hasta su llegada á Sevilla, donde pensaba embarcar para Méjico, como Oidor de aquella Audiencia, se hizo escoltar

igualmente por varios hombres de á caballo, y á la señora Vizcaína, que se dirigía á Sevilla, en donde debía unirse con su marido para pasar a las Indias, iba acompañada de cuatro ó cinco jinetes, mas dos criados de á pie que correspondían á los dos frailes de San Benito que acertaran á llevar igual camino.

Para seguridad y garantía de los caminantes, no se conocían entonces más que á los cuadrilleros de la Santa Hermandad; ladrones en cuadrilla que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, como decía Don Quijote, ronda de gente armada creada é instituída por los Reyes Católicos para la persecución de malhechores y salteadores de caminos. A su cuidado estaba la custodia de los caminos y encrucijadas y era misión suya también, perseguir á todos los que por algo debieran comparecer ante la justicia; por eso decía Sancho á su amo después de la aventura del vizcaíno, que era conveniente retraerse á alguna iglesia, porque según quedó mal trecho aquel con quien había sostenido la pelea, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fe que si lo

hacen, que primero que salgamos de la cárcel nos habrá de sudar el hopo.

Después de la aventura de los galeotes, muestra Sancho de nuevo sus temores de caer en manos de los de la Santa Hermandad, y aconseja á su amo que aprovechando la proximidad y escabrosidades de la sierra, debían huir de aquel lugar, por lo que le hago saber, decía, que con la Santa Hermandad no hay u ar de caballerías, que no le da á ella por cuantos caballeros andantes hay. dos maravedís; pero Sancho en esto no estaba en lo cierto, no hablaba con conocimiento de causa, por que si bien es verdad que esta institución llegó á gozar en algún tiempo de fama y de prestigio por los servicios que prestara, cayó después en un descrédito tal, que no eran respetados por nadie, el soborno era cosa muy corriente y con frecuencia se les veía prestar servicios que caían fuera de sus pragmáticas y reglamentos.

Lo acaecido en la venta, cuando decía Don Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante

Las *medidas* que tomara Don Fernando al cuerpo del cuadrillero que

llegó á tener á su sabor debajo de sus pies.

La libertad en que á tan escasos ruegos dejaron á Don Quijote, á pesar del mandamiento de prisión que llevaran contra él por lo de la aventura de los galeotes, y el concierto que á razón de un tanto por día hicieron con ellos el Cura y el Barbero, para que les acompañaran hasta su lugar cuando llevaban encantado y enjaulado á Don Quijote, todo ello prueba el poco temor y poco respeto que ya por entonces infundían los individuos de la Santa Hermandad.

Puesta en libertad, en mal hora, la cadena ó sarta de galeotes, por una de aquellas locuras ó necedades propias del buen hidalgo, dió con ello motivo para que los caminos se poblasen mas aun de gentes maleantes. El Cura y maese Nicolás, el barbero, que á la sazón discurrían por aquellos parajes, son los primeros en sentir las consecuencias de aquella mala aventura de Don Quijote, pues hasta las *barbas* dicen que les fueron robadas por cuatro de aquellos foragidos, y el mismo Sancho hubo de llorar amargamente la pérdida de su rucio, que le robara después el propio y desagradecido Ginés de Pasamonte.

No obstante lo frecuente que era tropezar entonces á cada paso con partidas de bandoleros, Don Quijote, en sus tres salidas y en todo su largo caminar, no topó nunca con partida alguna que le molestara; pero una mañana, aquella que siguiera á la noche en que Sancho desviándose un tanto de su amo, tropezara con las piernas de tantos foragidos que á manera de racimos pendían de los árboles, por donde Don Quijote vino á colegir que debían hallarse cerca de Barcelona, aquella mañana, repetimos, viéronse rodeados amo y mozo por una partida perfectamente organizada de más de cuarenta bandoleros, que lo primero en que ponen mano es en espulgar el equipaje que Sancho llevara sobre el rucio; y á buen seguro que el despojo hubiera sido completo, si no llega á tiempo de impedirlo el capitán de la partida que lo era, un hombre hasta edad de treinta y cuatro años, llamado Roque Guinart. Don Quijote llama al capitán por su nombre, lo que prueba que la fama de Roque Guinart había traspasado las fronteras de la región catalana, «cuya fama, dice, no hay límites que la encierre», y lo que prueba también, que hasta á la Argama-

silla, por lo menos, llegaron noticias de sus famosos hechos. Roque Guinart á su vez después de oir los *concertados* disparates de Don Quijote, cayó en la cuenta de quien era, sin duda por haber leído la primera parte de su historia y holgose mucho de haberle hallado.

Tres días y tres noches fueron Don Quijote y Sancho huéspedes regalados del valiente Roque Guinart, durante los cuales pudo apreciar bien Don Quijote, que si es agitada y azarosa la vida del caballero andante, no lo es menos la del valiente y atrevido bandolero.

En uno de aquellos días en que Don Quijote permaneciera al lado de su gran amigo Roque, pudo presenciar uno de esos hechos que hacen famoso al bandido y que es muy corriente en gente de tales oficios. Nos referimos al equitativo y escrupuloso despojo que hicieran á los dos capitanes que pasaban á Sicilia; á los peregrinos que á Roma se dirigían y á la señora Doña Guiomar de Quiñones, mujer del Regente de la Vicaría de Nápoles. Los despojados, lejos de salir tristes de aquella mala aventura, salieron contentos gracias á la cortesía y liberalidad de Roque. Los pe-

regrinos aumentaron su hacienda en diez escudos y hasta el propio Sancho vió aumentada la suya en otros tantos.

Dió Roque á cada uno un salvoconducto que le evitara de nuevos males si por casualidad caían en manos de alguna escuadra de las muchas que tenía repartidas, y á Don Quijote y á Sancho los acompañó hasta las mismas playas de Barcelona, en donde Roque, abrazando á amo y á escudero, se despide de ambos, después de los mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron.

Crítica social reflejada

EN LAS OBRAS DE CERVANTES

Es creencia general, aun entre literatos cervantistas, que el Quijote tuvo por único objeto desterrar de entre la literatura patria los perniciosos y detestables libros de caballería tan corrientes y tan leídos en aquella época, á cuya creencia unimos la nuestra; pero con la salvedad de que no fué este el sólo fin que á nuestro juicio se propusiera Cervantes con su famosa novela.

Grande era la enfermedad, y á grandes males grandes remedios; pero parécenos que no se precisaba tanto, parécenos que Cervantes hubiera podido combatir y curar la enfermedad por crónica que fuese, con un esfuerzo menos poderoso de su rica mente, tratábase pues, de curar muchas en-

fermedades, muchos vicios y muchas costumbres, y para ello era preciso hacer lo que hizo, escribir su *Farmacopea social*.

Ciertamente que costubre muy arraigada era entonces, y siguió siéndolo por largos años, costumbre que á toda costa convenía desterrar, la de aquellos escritores tan dados á llevar á la estampa hechos que aunque en extremo fabulosos, no por eso dejaban de tener fácil acogida aun entre aquellas gentes menos predispuesta por sus condiciones para dar cabida en su imaginación á literatura tan disparatada, y era conveniente por lo tanto, y más que conveniente necesario, dár al traste con ella, aunque para conseguirlo se viera Cervantes precisado á escribir el más famoso y disparatado libro de caballería.

Ahora bien; cualquiera que lea el Quijote y lea también las Novelas ejemplares de Cervantes, observará á poco que se fije en ello, esa propensión constante que casi le dominaba, de zaherir con su pluma todos los vicios y todas las costumbres que no se ajustaran á los más sanos principios de moral y religión, realzando y defendiendo á su vez todo aquello que dentro de lo legal emparentase per-

fectamente con los preceptos de una y otra.

Trata de ridiculizar el espíritu de grandeza que con tanta facilidad y frecuencia germina en el corazón humano y hácelo con singular maestría, tomando como prototipos á los dos personajes protagonistas de su obra.

Dice que Alonso Quijano, *el Bueno*, corresponde á la clase de hijosdalgos, «yo soy hidalgo de solar conocido»; pero la clase de hidalgo á que el mismo Don Quijote confiesa con orgullo pertenecer, debía ser sin duda la de hidalgo pobre, puesto que Teresa Panza que era del mismo pueblo de Don Quijote, hablando con su marido decía: «yo no sé por cierto quien le puso á él *don*, que no tuvieron sus padres ni sus abuelos», y debía ser hidalgo pobre, puesto que así lo demostraba en lo flaco de su rocín y en que una alimentación escasa, cual puede ser una olla al mediodía, salpicón por las noches, lentejas los viernes y por añadidura algún palomino los domingos, dice que consumía las tres partes de su hacienda.

Don Quijote se hace caballero andante por que dice que así cumple á sus deseos de enderezar tuertos, socorrer viudas, amparar menesterosos,

en una palabra, llevar la justicia allí donde falte la justicia; pero á pesar de esta confesión de parte, no debía ser esta idea sola la que le empujara á buscar aventuras, sueña con grandezas, considera ser su dama la más alta princesa de la tierra, sueña con ser rey ú emperador y para justificar la posibilidad de llegar á serlo, dice hablando con su escudero: «porque has de saber Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo, unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas y otros que tuvieron principio de gente baja y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores».

Sancho, como su amo, padece también de iguales pujos de grandeza, mucho podrá en él la esperanza de hallar otros cien escudos, mucho le placerá masticar á dos carrillos; pero en ocasiones demuestra que no es sólo el ansia de riqueza ni la materialidad del bien comer lo que le hace ir tras de su amo, son las constantes promesas de éste de hacerle gobernador; pero él aspira á mas, aspira á ser conde, y para justificar su actitud dice que él es cristiano viejo y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, añade Don Quijote.

Sueña en casar á Sanchica con un conde, porque dice que así á su hija y á sus nietos le llamarán señoría y hasta á su mujer le llamarán Doña Teresa Panza; pero ésta que en un principio muestra repugnancia á que su hija case con un conde, porque dice que nadie debe casar con otro que no sea de su igual, se la ve mas tarde desistír de tales propósitos alagada sin duda con la carta y determinación de Sancho, de que había de andar en coche, porque decía que toda otra manera de andar es andar á gatas y la carta de la duquesa con su correspondiente sarta de corales, despierta en ella de tal manera su amor propio que se relame de gusto pensando en la envidia que con todo ello había de dar á las hidalgas del pueblo.

Hay momentos en que Sancho, contagiado de los mismos ideales de su amo, aspira también á la gloria, no es todo codicia, no, quiere dejar huellas que indiquen á la posteridad que fué escudero del caballero más valiente de la Mancha, y por eso después de la aventura del yelmo de Mambrino, le aconseja á su amo que sería más conveniente irse á servir á algún emperador ó á otro príncipe

que tenga alguna guerra, «en donde no faltará quien ponga en escrito las hazañas de su merced para perpetua memoria», *de las mías no digo nada, aunque se decir, que si se usa en caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones.*»

Las aspiraciones de Sancho, nos hace recordar al Sancho de Avellaneda, que en ocasiones tenía sus ribetes de orgullo. Hablando con don Alvaro Tarfe, le dice que su padre también tuvo *don*, sólo que lo tuvo á la postre, y ¿qué es eso de á la postre?, le preguntó Don Alvaro, pues que mi padre era zapatero y le llamaban Pedro el *remendón*.

Trata después de satirizar todas las clases y profesiones y con sumo gracejo hace una crítica de las costumbres sociales de aquellos tiempos. Desde el más humilde al más alto, desde el astuto Ginesillo de Pasamonte, famoso por más de un concepto, hasta el duque de dorados blasones y de rancios pergaminos, para todos tiene pronto el reproche de sus vicios.

Ginés de Pasamonte, por otro nombre Ginesillo de Parapilla, pertenece por sus condiciones á la clase de gi-

tanos truhanescos, es uno de aquellos galeotes que condenado á gurapas tuvo la suerte al ser conducido para servir en las galeras de S. M., de tropezar con Don Quijote, quien en su afán de enderezar entuertos lo pusiera en libertad.

En nuestro país dedícase el gitano á las ocupaciones y oficios que todos conocemos, su trabajo favorito consiste en la fabricación y venta de toda clase de objetos de hierro, hacen herraduras, fabrican calderas, trévedes y sartenes, que luego venden de pueblo en pueblo. Sus estudios no son otros que los de aprender perfectamente toda clase de hechicerías, maleficios y adivinanzas, y con su buena ventura engañan á no pocos incautos. Pero su oficio más conocido y si se quiere más productivo, es el chalaneo, de feria en feria recorren toda España y de todas sacan buen provecho. Cuatrear es su principal misión y cuatrero fué Ginés de Pasamonte, pues el fué el que á Sancho le robara el rucio. Dícese de ellos que no hay ave de rapiña que más presto se avalance sobre su presa como ellos se avalanzan sobre las ocasiones que le señalan algún interés, y que si no les fatiga el temor de perder la honra

tampoco les desvela la ambición de acrecentarla.

Al hablar de los discípulos de Hipócrates y Galeno, dice que no hay gente más dañosa á la república que ellos. El juez, dice, nos puede torcer ó dilatar la justicia; el letrado, sustentar por su interés nuestra injusta demanda; el mercader, chuparnos la hacienda, y finalmente, todas las personas con quienes de necesidad tratamos nos pueden hacer daño; pero quitarnos la vida, sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno: sólo los médicos nos pueden matar, sin desenvainar otra espada que la de un *récipe*.

Arremete después contra los boticarios diciendo de ellos que son enemigos declarados de sus candiles porque en faltando cualquier aceite en la botica lo suplen con el candil que está más á mano, y que muchas veces no habiendo en su tienda la medicina recetada por el médico, suelen suplirla con otra que á su parecer goza de la misma virtud y calidad, no siendo así; y con esto la medicina mal compuesta obra al revés de como debiera obrar.

De los marineros, dice que son gente gentil é inurbana tan diligentes

en la bonanza como perezosos en la borrasca y que no tienen otro pasatiempo que ver mareados á los pasajeros.

De los arrieros que tienen hecho divorcio con las sábanas y están casados con las enjalmas, son tan diligentes que antes de perder la jornada serían capaces de perder el alma. Su música es la del mortero; su salsa el hambre; sus maitines levantarse á dar el pienso y sus misas no oir ninguna.

A las doncellas le recomienda que deben guardarse siempre de un hombre sólo y á solas y no de muchos juntos, siéndoles muy conveniente huir de las ocasiones; pero de las ocasiones secretas, no de las públicas.

De los historiadores dice que aquellos que de mentiras se valen, habían de ser quemados, como los que hacen monedas falsas.

En cuanto á los procuradores los compara con los médicos, los cuales, que sane ó no sane el enfermo, ellos llevan su propina, y los procuradores hacen lo propio salgan ó no salgan adelante con el pleito que ayudan.

Ocúpase, por último, de los celosos y hace la apología de los celos diciendo que es uno de los mayores

azotes con que Dios quiso dejar sujeto al hombre sobre la tierra, dice que los celos constituye el más angustioso trabajo y la más rabiosa de las pasiones. Es un gusano roedor que, cual el de la envidia, hace en poco tiempo señaladísimos estragos en la persona que lo padece No le basta al hombre guardar entre laberínticos escondrijos la prenda objeto de sus celos, no le bastará ser un Argos, ni le bastará poner como guardián á la puerta de lo que él considera fortaleza inexpugnable, á un negro eunuco como éste sea aficionado á la música; no le será bastante llevar consigo ni dormir sobre las llaves todas de su casa, si existe un virote tan astuto y tan sagaz que sea capaz de vencer y domesticar, cual se vence y domestica á las fieras del desierto, á toda la cáfila de guardianes, dueñas y doncellas, al son de una bien templada guitarra, y no le bastará tampoco por muchas precauciones y advertimientos que ponga á su recato, si por superintendente de su casa toma á una Marialonso, dueña astuta y maliciosa que cual todas las de su clase, son nacidas en el mundo para perdición y ruina de mil recatadas y buenas intenciones.

LA CUNA DE CERVANTES

Muchas son las poblaciones que se han disputado la gloria de ser patria del estropeado manco de Lepanto y autor del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, Madrid, Sevilla, Esquivia y Lucena; pero ninguna ha mostrado tanto empeño en su litigio como Alcalá de Henares y Alcázar de San Juan.

Ahora bien; con motivo de la conmemoración del IV Centenario del descubrimiento de América, instalóse en nuestro Palacio de Biblioteca y Museos nacionales una Exposición de arte retrospectivo bajo el nombre de *Exposición Europea*. A este Certamen internacional, inaugurado el 30 de Octubre de 1892, enviáronse de todas las Bibliotecas y Archivos del reino, aquellos documentos que por su va-

lor histórico fuesen dignos de ser expuestos a la curiosidad pública (1).

Nuestras iglesias y cabildos catedrales respondieron á tan plausible y patriótico llamamiento con una infinidad de libros y manuscritos entre los cuales figuraban los bautismales de las iglesias de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares, y el de Santa María, de Alcázar de San Juan. Al folio 192 vuelto del primero de los citados libros parroquiales vimos una partida fechada el 9 de Octubre de 1547, firmada por el bachiller Serrano, cura de Santa María la Mayor, de un niño á quien pusieron por nombre *Miguel*, hijo de Rodrigo de *Carvante* y de doña Leonor; y en el de Alcázar, folio 20 vuelto, aparece otra partida, firmada por el licenciado Alonso Díaz de Pajares, de 9 de Noviembre de 1558, de un niño con el *mismo nombre*, hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de su mujer Catalina López.

Del estudio y cotejo de estos códices, surge desde luego dos dudas,

(1) *El Adelantado*, periódico segoviano, dedicó por entonces un número á un trabajo nuestro titulado «Una visita á la Exposición», que era una reseña de todos los documentos más notables que se trajeron á la misma.

¿cómo el autor del Quijote, dicen los cervantistas alcenses, llamábase *Cervantes y no Carvante*, como consta en la partida de Alcalá?, bien pudiera ser esto una mala interpretación ó un error del manuscrito á que nos referimos; pero ¿y el apellido *Saavedra*, de dónde proviene entonces? A esto dicen los complutenses, que siendo costumbre en Castilla tomar por sobrenombre el apellido de los parientes á quienes se debía alguna protección, Cervantes tomó el de Saavedra de un tío suyo llamado Juan Bernabé de Saavedra, vecino de Alcázar de San Juan, á quien debía señalados beneficios. Pase por que así sea, dicen los manchegos; ¿pero cómo es que en Alcalá no existen los apellidos Cervantes de Saavedra, mientras que en Alcázar se conservan todavía? ¿Cómo es, añaden, que en Alcalá no consta ni aparece por parte alguna las partidas de bautismo, casamiento y defunción de los padres de Cervantes?; pero esto no es razón, ni lo será nunca, para negar á Alcalá la gloria de ser patria del autor del Quijote.

Alegan en pro de su causa los cervantistas complutenses, que Cervantes asistió al combate naval de Lepanto, según él mismo confiesa en al-

gunos de sus escritos, *en cuya alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*, perdió la mano izquierda de resulta de un arcabuzazo; entonces tenía veinticuatro años, mientras que el de Alcázar no había cumplido los trece (1), edad, dicen, incompatible con el servicio de las armas.

Al anterior razonamiento añaden los complutenses este otro digno de tenerse en cuenta. En el prólogo de las Novelas ejemplares, que se publicaron por primera vez en Madrid en Julio de 1613, asegura el mismo Cervantes que en dicha fecha estaba ya entrado en los sesenta y cinco años», que si por alcanzar, dice, que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien la leyera algún mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que la escribí, que sacarlas en público: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida que al *cincuenta y cinco de los años gano por nueve mas y por la mano*. Esta edad que él mismo confiesa tenía en 1613, no coincide con su partida de bautis-

(1) En la página 86 de la obra del Sr. Lizcano, hay una nota que dice que el Cervantes de la Mancha se hallaba próximo á los catorce años, cuando asistió al combate de Lepanto, siendo que no había cumplido los trece.

mo, ni por consiguiente, con la que hemos dicho que contaba cuando en 1571, concurrió al combate de Lepanto; pero á esto dicen los complutenses, que la citada fecha de Julio de 1613, corresponde á la dedicatoria y no al prólogo, que siendo éste por regla general el primero en el orden de composición y aquella el último, es lo natural y probable que cuando escribió aquel tuviese la edad de que nos habla, cuyo argumento sería bastante por sí solo para echar por tierra á cuantos puedan alegarse en favor de ninguna otra población que no sea Alcalá de Henares.

Como argumento en su favor citan también los complutenses la partida de rescate de Cervantes; cierto que en ella se incurre en un error de dos años; pero es también cierto que en dicho documento se declara que era natural de Alcalá de Henares, mediano de cuerpo, estropeado de la mano izquierda y cautivo cinco años en Argel. Ahora bien; nuestro amigo el señor Lizcano, partidario de que el autor del Quijote es nacido en Alcázar de San Juan, hablando de él, dice que era *alto* y *bien formado*, con lo cual prueba el señor Lizcano que el Cervantes á que se refiere no pudo

ser el autor del Quijote, puesto que en el retrato que hace Cervantes de sí mismo en el prólogo de aquellas, no dice nada de lo que el señor Lizcano asegura, sino que por el contrario, dice: «el cuerpo entre dos extremos ni *grande ni pequeño*, la color viva, antes blanca que morena, *algo cargado de espaldas*, y no muy ligero de pies, este digo que es el rostro del autor de la Galatea, de Don Quijote de la Mancha y del que hizo el viaje al Parnaso».

El Sr. Lizcano, en sus refutaciones al cautiverio y rescate de Cervantes, dice que éste cayó prisionero la noche que *precedió* al combate de Lepanto; pero con semejante afirmación niega lo que nadie se atrevió á negar, niega que Cervantes se hallase presente en tan memorable jornada, siendo así que él mismo lo asegura cuando dice: «Entre tantos venturosos como allí hubo, yo sólo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que *siguió* á tan famoso día, con cadenas á los pies y esposas á las manos»; pero es más, el mismo señor Lizcano no puede por menos de convenir en ello al considerar la

historia del cautivo como la propia de Cervantes.

Asegura también el señor Lizcano que el cautiverio de Cervantes duró veintiún años al cabo de cuyo tiempo se rescató con el dinero que le diera Zoraida la hija de Agi-Morato. El señor Lizcano toma al capitán Pérez de Viedma por Cervantes y con ello corroborá más la idea de que el Cervantes de que nos habla no fué el autor del Quijote, por que si es cierto, como dice, que dicho cautiverio duró hasta 1592, no pudo concurrir con su antiguo capitán, Marqués dé Santa Cruz, á las expediciones navales que en los años de 1582 y 83 tuvieron lugar en aguas de las Terceras, ni publicar en 1584 la Galatea, cuya paternidad nadie niega á Cervantes, ni pudo, por consiguiente, contraer matrimonio en las postrimerías de dicho año de 1584 con doña Catalina Palacios de Salazar y Vozmediano, natural de la villa de Esquivia, de cuya unión nada nos dice el señor Lizcano.

LOS DOS QUIJOTES

Es innegable que para alcanzar fama imperecedera á través de las generaciones y á través de uno y otro siglos, han de brillar los hombres ya por su ingenio y por sus talentos nada comunes en las letras y en las artes, ya en el prestigio de las armas, ya por sus prodigiosos y sorprendentes inventos y descubrimientos, es preciso descollar, es preciso que el hombre sobresalga de la masa común de sus semejantes en algo que no sea lo corriente, en algo que esté fuera de lo vulgar y en algo en suma, que hable muy alto y que esté por encima de todo lo conocido.

La fama de Colón es universal por que su obra fué universalmente reconocida, su nombre vivirá eternamente en la historia y la posteridad más remota tributará á su memoria unáni-

mes homenajes, y al lado de su nombre irán siempre unidos igualmente, porque con él compartieron penalidades y fatigas sin cuento, el nombre de los Pinzones.

Hernan Cortés, quemando sus naves y sometiendo al dominio de España el reino de Méjico, y con Hernán Cortés, Magallanes y Elcano, que con una reducida escuadra de cinco pequeñas embarcaciones casi de cabotaje, dieron la vuelta al mundo en tres años recorriendo más de 14.000 leguas; los Pizarros conquistando el vasto y opulento imperio del Perú; D. Juan de Austria poniendo un dique en Lepanto contra los sectarios del Profeta, todos; todos ellos, hicieron más que suficiente para inmortalizar sus nombres.

Si á las artes nos referimos podremos mencionar en primer lugar al divino Rafael con su *Perla* y su *Pasmo de Sicilia*; al religioso Murillo, con su *Purísima*; Velázquez, con sus *Meninas*; á Greco, Rivera, Rubens, Tintoretto, Miguel Angel, Goya y tantos y tantos otros.

En literatura podemos citar con orgullo dentro de los reducidos límites de nuestra patria, á aquel ilustre granadino autor de la famosa novela pi-

caresca *El Lazarillo de Tormes*, Diego Hurtado de Mendoza, de quien se dice que fué buen soldado, mejor político, discreto poeta y gran historiador; aquel otro que floreció por los años 1503 á 1536, toledano de grata memoria, que fué la admiración de su época y que murió á la temprana edad de treinta y tres años, Garci-Lasso de la Vega, reputado más tarde, como príncipe de los poetas castellanos; Camoens con sus *Lusiadas*, es el honor de los lusitanos; Víctor Hugo con sus *Miserables*, lo es de los francos; el Dante con su *Divina Comedia*; Shakespeare con sus obras dramáticas; Homero con su *Odisea*, y Miguel de Cervantes Saavedra con su *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, primera maravilla de la literatura universal, biblia profana como ha dado en llamársele, y de la que tantas ediciones se han tirado en todos los idiomas conocidos. No fué Cervantes ajeno al gran mérito de su obra, pues ya profetizó su grandioso resultado «y á mí se me trasluce, dice por boca de Sansón Carrasco, que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca», y aquella otra profecía puesta en boca de *Don Quijote*, «treinta mil volúmenes se han impreso de mi

historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia»; pero un día, un español contemporáneo suyo, que se dice natural de Tordesilla, más envidioso que afortunado, Ruiz de Alarcón, según unos, Fray Luis de Aliaga, según otros, y Alonso Fernández de Avellaneda, según todos, hombre de gran ingenio, que comprendiendo antes que otro alguno el mérito extraordinario de la portentosa obra de Cervantes, siente penetrar en su alma el gusano roedor de la envidia, y á semejanza de Erostrato que falto de las dotes necesarias para producir cosa alguna que conduzca su nombre al templo de la fama, prende fuego al de Diana, y con efecto, consigue celebridad; pero es triste celebridad la suya, como lo es la de la mano regicida y como lo es la del competidor Alonso Fernández de Avellaneda, que falto igualmente de las dotes precisas para levantar un monumento que le inmortalice, trata de eclipsar la gloria empezada por Cervantes y da á la estampa en Tarragona en 1614 su falso Quijote con el título de *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, con la tercera salida que hizo de su lugar el ilustre hidalgo

manchego, que dejó anunciado Cervantes en el prólogo de sus *Novelas Ejemplares* «y con brevedad verás—dice al Conde—dilatadas las hazañas de *Don Quijote* y donaires de Sancho Panza.» En el capítulo XIV deja indicado *Don Quijote*, que después de limpiar de ladrones y malandrines á Sierra Morena, pensaba ir á Sevilla; pero en el LII y último de dicha primera parte, deja anunciado su viaje á Zaragoza y su asistencia á unas famosas justas que en dicha ciudad se celebraron; pero como Avellaneda se adelanta, allá lo lleva, con lo cual Cervantes, al publicar la tercera salida, vése obligado á cambiar el itinerario del personaje de su fábula y lo lleva á Barcelona á aquel archivo de la hidalguía como dice por boca de *Don Quijote*.

De regreso en su patria el invicto hidalgo manchego, obligado por las condiciones impuestas en desafío por el Bachiller Sansón Carrasco, mejor dicho, por el caballero de la Blanca Luna, de allí á pocos días cayó enfermo Don Quijote con unas calenturas de esas que los físicos llaman efímeras. Durante la enfermedad el valeroso caballero recobra la razón «que ya en los nidos de antaño no

hay pájaros hogaños», yo fuí loco, ya soy cuerdo, fuí Don Quijote de la Mancha, y soy ahora Alonso Quijano, el Bueno.» Cervantes da fin á su obra con la muerte de su héroe para evitar la ocasión de que ningún otro autor que Cide Hamete Benengeli, le resucite falsamente y haga inacabables historias de sus hazañas.

El protagonista de la fábula del fingido Avellaneda, termina sus aventuras en la casa del Nuncio en Toledo, y aunque la locura tarde ó nunca se cura, hace entrever, sin embargo, la posibilidad de que curado Don Quijote, prosiga sus correrías por los dilatados llanos de Castilla. A Sancho Panza le hace quedar en Madrid al servicio del Archipámpano, mientras que el Sancho Panza de Cervantes, el graciosísimo y fiel escudero del auténtico Don Quijote, muerto su amo, se apresta otra vez á las agrícolas faenas, y en unión de Teresa y de Sanchica, se dedica de nuevo á la vida tranquila y sosegada de su aldea.

Las mujeres del Quijote.

Hay un lugar en la Mancha en el cual vivió hace ya tiempo un hidalgo labrador llamado Alonso Quijano, el Bueno, del que se dice que era tan dado á la lectura de los libros de caballería, y que llegó á tanto su afición, que «se pasaba las noches leyendo, de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que llegó á perder el juicio»; y cuéntase también de él que le llevó á tanto su afición, que de sosegado y pacífico labrador que era se convirtió en caballero andante, y tomando como escudero á un humilde compatriota suyo llamado Sancho Panza, á quien había ofrecido como premio á su leal servicio escuderil hacerle gobernador ó conde de alguna afamada ínsula, llevósele, pues, consigo bajo

esta promesa, y él, con la que asimismo habíase dado de ser algún día rey ú emperador, lanzáronse ambos al campo una mañana del caluroso estío, á correr aventuras, enderezar tuertos, desfacer agravios, socorrer viudas y amparar las doncellas que necesitasen del ayuda de su esforzado brazo.

La figura más interesante de la fábula, dejando á un lado la de amo y escudero, está personificada en una rústica labradora de la Mancha. Llámase Aldonza Lorenzo, y es hija de Lorenzo Corchuelo, humilde labrador del Toboso. Don Quijote que no veía más que altas y distinguidas damas allí donde no había otra cosa que mujeres de la clase más humilde, considera como la más alta princesa á Aldonza Lorenzo, es decir, á Dulcinea del Toboso, que es el nombre que acuerda dar al fin á la que ha de ser señora de sus pensamientos, á la que ha de ser la dama en quien pueda encomendarse en todas sus aventuras, y de quien decía encareciéndola que era de hermosura sobrehumana y que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha.

El ama y la sobrina de Don Quijote

ocupan también preferente lugar en el decurso de la fábula, una y otra ponen todo su empeño en evitar que el hasta entonces tranquilo y sosegado hidalgo salga de su casa en busca de aventuras, y para conseguirlo ayudan al cura y á maese Nicolás al escrutinio de la librería, procuran regalarle y darle de comer cosas confortativas y apropiadas al corazón y al cerebro que era, según ellas, de donde procedía toda su mala ventura; pero la locura de Don Quijote no no es de las que se curan con emplastos, su locura no es la del cerebro enfermo, su locura es una locura sublime, sale de su casa, sí; pero no á buscar pan de trastrigo como llegó á decirle su irreverente sobrina, sale de su casa en busca de la gloria y la gloria es su Dulcinea, la gloria es Aldonza Lorenzo, la hija de Lorenzo Corchuelo, por quien tanto tiempo hacía que suspiraba.

Una y otra, ama y sobrina, procuran por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero hay mumentos en que Antonia Quijana, aquella rapaza que apenas si contaba veinte años y que apenas si sabía manejar doce palillos de raudas, olvidando todo respeto, se revela

contra su tío y se atreve á profanar en sus mismas barbas la historia de los caballeros andantes y hasta decir que todo ello es fábula y mentira, blasfemia que Don Quijote hubiera castigado duramente, á no ser Antonia Quijana, su sobrina derechamente, como hija de su misma hermana; pero cuando Don Quijote deja de ser Don Quijote de la Mancha, para ser de nuevo Alonso Quijano, el Bueno; cuando Don Quijote vuelve de su locura en aquellos postrimeros momentos de su vida, entonces comprende la razón de la sinrazón de su sobrina, entonces otorga testamento dejándola heredera de su hacienda; pero con la condición de que si quiere casarse, se case, si; pero con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe que cosa sean libros de caballería.

Cuenta la fábula que en tanto que Don Quijote sostenía con la sobrina la referida plática, Sancho y su mujer Teresa Cascajo, sostenían á su vez interesante y cómico diálogo. Decía Sancho que deseaba ser gobernador para casar á Marisancha, su hija, tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría; pero á tan nobles y legítimos deseos se oponía Te-

resa, so pretexto de que cada cual debe casar con su igual, por que decía, y decía bien, por el pobre todos pasan los ojos como de corrida y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir.

Pero cuando Sancho es ya gobernador efectivo, cuando la Duquesa se lo anuncia á Teresa por medio de un paje y de valiosos presentes, entonces cambia de parecer y se dice que fué tal su alegría que no faltaron dos dedos para perder el juicio y que á Sanchica se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contento; ya verás tú, ledice á su hija, ya verás tú, como tu padre no para hasta hacerme condesa, pues todas estas venturas y aun mayores me las tiene profetizada mi buen Sancho.

La *Tolosa* y la *Molinera*, aquellas dos famosas mozas del partido, á quien nuestro buen hidalgo tomara por dos altas y distinguidas señoras, son las primeras *semidoncellas* á quienes Don Quijote ofrece las primicias de su fuerte y poderoso brazo; pero ellas, que no tardan en penetrarse del estado de Don Quijote, se prestan gustosas á servirle, y en unión del dueño de la venta le arman caballero,

y mientras la una le ciñe la espada, la otra le calza las espuelas, á lo que nuestro héroe, agradecido y acomodándolo al caso, les recitó aquel romance viejo de Lanzarote, que así empieza:

Nunca fuera caballero
De damas, tan bien servido,
Como lo fué Don Quijote
Cuando de su aldea vino;
Doncellas curaban de él,
Princesas de su rocino.

Es *Maritornes*, la de ancha cara y llana de cogote, aquella moza de la venta por quien á Don Quijote le fué tan dolorosamente deshecha parte de sus quijadas y Sancho tan fuertemente aporreado, que considerase como tortas y pan pintado el molimiento de las estacas.

Marcela, es aquella endiablada moza, hija de Guillermo el rico, que traía á mal traer á todos los mozos de su aldea; se hizo pastora de su propio ganado, y por imitarla hiciéronse pastores cuantos mancebos, hidalgos y labradores la conocían; pero ella los hacía desesperar de tal manera, que sus desdenes y desengaños fueron causa para matar de amores al estudiante Grisóstomo.

Leandra, es aquella otra mucha-

chuela no menos ligera que Marcela, ni menos endiablada y revoltosa; era hija también de un honrado y rico labrador, y de ella se dice que era de tan extremada hermosura, que la fama de su belleza se extendió por todas partes, y que, como á Marcela, eran también muchos los mancebos que la pidieran al padre; pero ella, que sin duda gustaba más del oropel que de las riquezas, enamoróse de un soldado llamado Vicente de la Roca, que, como ofreciera llevarla á Italia, de donde él acababa de llegar, abandonó su casa y huyeron de la aldea, dejando triste á su buen padre y atónitos y suspensos á Eugenio y á Anselmo, quienes á semejanza de los pretendientes de Marcela hiciéronse también pastores; pero háse de advertir que Vicente de la Roca no amaba á Leandra; al robarla á su padre no le guiaba más que la ambición de apoderarse de los dineros y joyas que pudiera llevar consigo al huir de la casa paterna; despojada de todo, fué abandonada por quien tantas promesas la hiciera. La inocente Leandra vuelve á la casa de su acongojado padre, ante el cual hace mil protestas de arrepentimiento y asegura que le fueron robadas las joyas que

llevara, pero que se conserva limpia y pura en la apreciada joya de su honestidad; todos quedan admirados de la continencia del joven Vicente de la Roca, de lo que su padre se felicita; pero la hace entrar, sin embargo, en un monasterio, hasta que el tiempo borre parte de la mala opinión en que se puso.

El mayor número de aventuras que le ocurrieron á Don Quijote hubieron de tener lugar en aquella venta de la Mancha en donde la corrompida Maritornes servía; allí le fueron deshechas las quijadas por el arriero y rotas las narices por el de la Santa Hermandad; en ella fué donde quedara atado y burlado por la pérfida asturiana y por la hija del ventero, y en ella fué también donde Don Quijote dió remate á lo prometido á la princesa Micomicona cortando la cabeza al gigante Pandafilando. De ella conserva Sancho el más perenne recuerdo de su manteamiento, y allí, por último, parece que se dieron cita para que ella fuese teatro de otras no menos curiosas aventuras, cuales son el encuentro de Dorotea con D. Fernando; el de Cardenio con Luscinda, el de doña Clara de Viedma con el mozo de mulas y el de Zoraida y el

capitán Pérez de Viedma con su hermano el Oidor y su hija doña Clara; allì, pues, tuvo feliz remate la peregrina historia de la desgraciada Dorotea, que de princesa Micomicona pasó á ser la esposa del ingrato don Fernando; allí tuvo también fin la vida errante del *Caballero del Bosque*, recibiendo en sus brazos á su fiel y leal Luscinda; allí quedó concertada la boda de la hermosa doña Clara con el joven D. Luis, y allí, por último, acrecentáronse más los vivos y santos deseos en la atrevida Zoraida de poder llamarse pronto la esposa del capitán cautivo, de recibir las aguas bautismales y de verse pronto arrodillada ante los altares de *Lela Marien* (1), por quien ella tanto suspiraba y por quién había dejado á su patria, hecho apostasía de la religión de sus mayores y sacrificado á su buen padre Agi Morato.

Camila es la mujer virtuosa, es el prototipo, digámoslo así, de la mujer honrada, Anselmo, su marido lo sabe,

(1) En el chapurrado lenguaje morisco, *Lela Marien*, queria decir *Virgen María*, protectora única de aquel idilio sagrado entre el capitán Pérez de Viedma y la hija de Agi Morato, de aquel idilio que hizo sumar un alma irredenta al seno de nuestra sacrosanta religión católica y reducir à sus alegres hogares á unos cuantos cautivos que perecían en el fondo de obscuras marmorras berberiscas.

está persuadido de ello, pero le asusta la idea de que Camila pueda hacerle traición, y para estar tranquilo quiere hacer la prueba, quiere ver si la voluntad de Camila se doblega á los requerimientos y dádivas de un amante, y acude á un amigo, pero éste es un amigo leal y cariñoso que le advierte del peligro á que se expone, le advierte que no haga la prueba, que intentarlo es locura; pero él insiste, tiene fe en el amigo, éste se niega, pero son tantas las súplicas y los ruegos, que al fin consigue vencer sus naturales escrúpulos. Hecha la prueba, Camila resulta vencida, el marido burlado y Lotario vencedor. Camila vese precisada á terminar sus días en un monasterio, Anselmo muere de la pena que le causara su impertinente curiosidad, y Lotario, avergonzado, huye al reino de Nápoles, en donde se dice que murió de allí á poco en una batalla que monsíeur Lautrec dió al gran capitán Fernando González de Córdoba.

Leonela es la criada de Camila, pertenece, pues, al género de Maritornes; por ella se descubre todo, su deshonestidad es la causa de la perdición de Anselmo, de la perdición de Camila y de la perdición de Lotario;

como fuera cómplice de las desvergüenzas de su señora, llegó á tanto la suya, que todas las noches daba entrada en la casa á su amante; pero un día es Leonela cogida infraganti por Anselmo, y aquí empieza entonces á desbaratarse todo el artificio que ocultaba la desgracia, en que le puso más que su desventura su impertinente y necia curiosidad.

Quiteria es la prometido de Camacho el rico; pero como antes que de él lo fuera de Basilio, fingieron la estratagema de la estocada, y á su buena industria debieron ambos enamorados la dicha de ser unidos para siempre con el eterno yugo del matrimonio, allí donde mismo habían de tener lugar los desposorios con Camacho.

Claudia Jerónima es la hija de Simón Forte, quien despechada por las noticias que maliciosamente le habían dado de que D. Vicente Torellas, que le tenía dado palabra de ser su esposo, lo iba á ser pronto de Leonora, quiere oponerse á ello, y para conseguirlo se disfraza de hombre, monta á caballo y saliendo al encuentro de Vicente le hace varios disparos; pero temerosa de lo hecho váse á poner bajo el amparo de Roque Guinart, d

quien su padre era gran amigo, ruega que la pase á Francia y que proteja á los suyos de la venganza que era natural tomasen los parientes de Torellas; pero Roque Guinart, antes de acceder á las peticiones de la hermosa Claudia, dirígese con ella hacia el lugar donde había sido herido el joven Vicente, y hallándole, fuese Claudia hasta él, y le pide, aunque tarde, explicación á sus desdenes, las obtuvo de Vicente tan claras y tan precisas, que ellas fueron bastantes á sacarla de las dudas y temores á que le habían conducido la rabiosa fuerza de los celos; allí mismo diéranse las manos y concertada quedó la unión; pero como á Vicente se le escapase la vida por las heridas que de Claudia recibiera, ésta quedó nuevamente sola y entonces determinó ingresar, como lo hizo, en un monasterio de donde era abadesa una tía suya

Por el título con que encabezamos estos renglones, quedábamos obligados á ocuparnos poco ó mucho de todas las figuras femeninas de la fábula; pero ya por no hacernos demasiado prolijos, ya por no salirnos, digámoslo así, de los moldes á que está sujeto todo trabajo periodístico, re-

nunciamos á ello, dejando para otra ocasión todas aquellas otras que componían la casa de los Duques: la Duquesa, Altisidora y doña Rodríguez de Grijalba y sobre todo las aventuras de la desgraciada morisca Ana Félix, la hija de Ricote.

EL SABIO FRESTÓN

Es Alonso Quijano, el Bueno, el caballero por excelencia. Es el hidalgo manchego enderezador de tuertos y el desfacedor de agravios, de cuerpo enjuto, pero con el alma henchida de todas aquellas inacabables aventuras que leyera en los famosos libros de coballería. Armase un día caballero y, á semejanza de aquellos á quienes á imitar se propone, sale al campo una mañana del caluroso mes de Julio por la puerta falsa de un corral, y armado de todas armas, monta en su rocín y comienza á caminar por los antiguos y conocidos campos de Montiel.

Es su primera salida; va sólo con su rocín el hidalgo labrador de Argamasilla; no tiene nombre conocido, y pensando en ponerse uno que no desdiga de la honrosa profesión elegida,

acepta para sí el de *Don Quijote de la Mancha* y para su rocín el de *Rocinante*; no le falta, pues, más que ser armado caballero, y deseoso de hallar pronto quien tal don pueda otorgarle, prosigue su camino dispuesto á dejarse armar caballero del primero que topase.

Es la venta, que él toma por castillo, el lugar de su primera aventura; en ella fué armado caballero por el dueño de la misma y por las mozas del partido, la Tolosa, hija de un remendón de Toledo y la Molinera, hija de un honrado molinero de Antequera; á todos queda Don Quijote altamente reconocido y parte de nuevo para su lugar, dispuesto á proveerse de todo lo necesario á los caballeros andantes.

Ya tenemos, pues, á Alonso Quijano, el Bueno, armado caballero y convertido, por lo tanto, de sosegado hidalgo, en el caballero andante Don Quijote de la Mancha, quien provisto ya de todo lo indispensable, sale de nuevo montado en su rocín y acompañado de Sancho Panza, su escudero, da comienzo á sus correrías por los dilatados campos de la Mancha.

A Don Quijote no le guía otra cosa más que el imperio de la justicia; el

altruismo es su ideal, sus afanes no son para él, no son en provecho propio, sino en beneficio de los demás; á Sancho, que es materialista, le llevan sus ambiciones; pero Don Quijote padece de una obsesión, la de trocar todas las cosas; pero no, no es él, es el maldito sabio Frestón, quien todo se lo trueca y quien todo se lo cambia: un día le roba el aposento con todos sus libros; conviértele después en molinos de viento lo que su calenturienta imaginación le dice que son desaforados y descomunales gigantes; truécale los ejércitos en manadas de ovejas y en ventas los castillos; no, no es él el que trueca todas las cosas, es el maldito sabio encantador; es el que le convirtiera en altas y distinguidas damas las *mozas del partido* y en diosa de la hermosura á Maritornes, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, de un ojo tuerta y del otro no muy sana; es el mismo que poco después, en aquella misma venta, en donde servía la antojadiza asturiana, le convirtiera en cueros de vino al gigante Pandafilando de la Fosca, enemigo de Dorotea, mejor dicho, enemigo de la princesa Micomicona; él es también, el que poniendo en juego todo su poder hechi-

cero y toda su fuerza nigromántica, encanta á nuestro héroe y lo hace llevar desde aquella venta, que por su mal creyó que era castillo, hasta su lugar metido en tosca jaula de palos enrejados.

El fué el que le transformara en rústicas y feas aldeanas, á la sin par Dulcinea y sus doncellas y en borricas las hacaneas sobre que venían montadas; pero á decir verdad en este encantamiento no tuvo arte ni parte el sabio Frestón, el artífice de todo ello, el maldito encantador, fué aquí el ladino de Sancho, que no conociendo á su señora Dulcinea, á quien nunca había visto, hubo de inventarlo y achacarlo á encantamiento para salir del apuro en que le pusiera su amo; pero como él fuera el encantador, á nadie más que á él tocábale, por consiguiente, el desencantamiento de su señora, mediante los tres mil trescientos azotes recomendados por Merlin; y él, el sabio Frestón, fué, por último, el que le convirtiera también al caballero de los Espejos en su compatriota y vecino el bachiller Sanson Carrasco, y más tarde, en las playas de Barcelona, al bachiller por Salamanca en el caballero de la Blanca Luna, de cuyo

encuentro salió vencido Don Quijote y concertado que había de dejar las armas y abstenerse de toda clase de aventuras por el término de un año, con cuyas condiciones quedó obligado Don Quijote á volver á su aldea, en donde murió de allí á poco, no sin que antes el sabio Frestón, sin duda, aquel que todo se lo trocara, le trocara en razón su locura, lo convirtiera de loco en cuerdo, transformándolo, por lo tanto, de Don Quijote de la Mancha en Alonso Quijano el Bueno.

Itinerario del Quijote de Avellaneda.

I

A nadie se le ocultará seguramente que además del Quijote de Cervantes que todos conocemos, existe otro Quijote, publicado en Tarragona el año 1614, que, bajo el mismo título del *Ingenioso Hidalgo* y con el nombre de segúnda parte, contiene la tercera salida que hizo de su lugar el invicto hidalgo manchego, escrito por un tal Alonso Fernández de Avellaneda, competidor y enemigo declarado de Cervantes

A nadie se le ocultará tampoco que entre el libro de Cervantes y el libro de Avellaneda no cabe ni ha lugar á parangón posible; pero á fuer de imparciales hemos de confesar. que si bien es cierto que la obra del insigne

y sabio complutense marcha á la cabeza de la literatura clásica universal, no hemos por eso de relegar al olvido la del escritor tordesillesco, que digan lo que quieran sus muchos y constantes detractores, habrá de merecer siempre los honores de obra maestra de la literatura española.

No hemos nosotros de comentar ahora la obra del Príncipe de los ingenios españoles, intentarlo no más fuera locura después de los eruditos y concienzudos trabajos de eminentes literatos, ni hemos de hacerlo tampoco de la del escritor tordesillesco; pero no se nos podrá negar el que á título de curiosidad demos á conocer á nuestros lectores las primeras aventuras del *Héroe* de Avellaneda, trabajo, que, aunque desnudo de las galas literarias, abrigamos, sin embargo, la esperanza de que ha de ser bien acogido, siquiera no sea más que por honrarlo el nombre ilustre del Manco de Lepanto que atrae y hace interesante cuanto con él se relaciona.

II

Refiere Cide Hamete Benengeli que Don Quijote dió fin á las aventuras de su segunda salida, merced á los

esfuerzos realizados por el Cura y el Barbero que le llevaron desde la venta á su lugar metido en tosca jaula de palos enrejados; pero el sabio Alisolan, historiador no menos moderno que verdadero, dice que, curado Don Quijote de su antigua afición á los libros de caballería, acertaron á pasar por la Argamasilla cuatro caballeros granadinos que caminaban hacia la insigne Zaragoza para asistir á unas justas reales que en dicha ciudad se hacían; fué alojado en casa de Don Quijote uno de los expresados caballeros llamado D. Alvaro Tarfe, cuyo trato alteró de nuevo el caletre del señor Martín Quijada y despertó en su desvanecido ánimo la práctica de sus pasados ejercicios militares y del orden de caballería que recibiera.

Don Quijote, á imitación del caballero del Febo, que dejó á Claridana, olvida á su ingrata Dulcinea y bajo el nombre de *El caballero desamorado*, hace la tercera salida de su lugar en busca de otra de mejor fe y mayor correspondencia á sus fervorosos intentos.

III

Argamasilla de Alba — Patria de Don Quijote y de su fidelísimo escudero Sancho Panza.

El invicto hidalgo manchego y su escudero, salen de Argamasilla en la mañana del 22 de Agosto para ir á las justas reales de Zaragoza, para donde días antes habíanse despedido los caballeros granadinos.

Venta del Ahorcado —Aventura de la gallega. Don Quijote, como de costumbre, toma la venta por castillo encantado, con cuyo dueño traba descomunal batalla en defensa de la moza de la venta á quien nuestro buen hidalgo había tomado por una hermosa princesa.

Esta venta creemos que no exista hoy; pero nosotros por conjeturas deducidas de la propia historia, la supanemos en los alrededores de *El Campo de Criptana*, por ser ésta la dirección que á nuestro juicio debió seguir el Paladín y desamorado manchego. *El Campo de Criptana* dista de Argamasilla cuatro ó cinco leguas, que es lo que caminaba Don Quijote cada día, que ni aun Rocinante podía hacer mayores jornadas; que no le

daban lugar para ello la flaqueza y años que tenía á cuestas.

Ariza.—Don Quijote manda á Sancho que ponga en un poste de la plaza un cartel que ha redactado desafiando á quien dijese que las mujeres merecían ser amadas de los caballeros.

Aventura del melonar.—Don Quijote desafía á singular batalla al guarda de un melonar próximo á Ateca á quien toma por Orlando el Furioso, de cuyas resultas son robados y apaleados hidalgo y escudero.

Ateca.—Vueltos de sus respectivos molimientos hidalgo y escudero, se dirigen hacia Ateca lamentando la pérdida de sus caballerías. Mosén Valentín, cura párroco de Ateca, condolido de la locura de Don Quijote y simplicidades de Sancho, los recibe en su casa y avisa á un barbero para que los cure de las heridas que recibieran. Enterado Mosén Valentín del paradero de Rocinante y jumento de Sancho, dió orden de recobrar y volver á su casa las caballerías de sus huéspedes.

Zaragoza.—Llegan á Zaragoza el 16 de Septiembre, á los veintiseis días de salir de Argamasilla y seis después de celebradas las famosas justas

objeto de la salida de Don Quijote.

La aventura del azotado da con Don Quijote en la cárcel, donde seguramente lo pasara mal, si su amigo el sabio Alquife, en la persona de D. Alvaro Tarfe, no le sacara de tan obscura y lóbrega mazmorra.

El rey de Chipre, Bramidan de Tajayunque, reta y emplaza al desamorado caballero para que en un plazo de cuarenta días comparezca en la Corte del rey de España á hacer batalla con él.

Don Quijote sale para la Corte.

En las afueras de la ciudad, en el sitio denominado *Aljafería*, se encuentra y une Don Quijote al ermitaño fray Esteban y al soldado Antonio de Bracamonte.

Aventura de Sancho con el soldado Bracamonte.—Este se da por vencido, y Sancho imitando las costumbres caballerescas le manda ir á su lugar á verse con su mujer Mari Gutiérrez, y puesto de rodillas delante de ella le diga que fué vencido por él en batalla campal.

Sancho hace las paces con el militar y dispensándole de lo concertado le dice: «Señor soldado, seamos amigos; y en lo de la ida al *Toboso* á verse con mi mujer, yo le doy licencia

para que lo deje por ahora.» Hase de advertir que la residencia fija de Sancho y de su mujer fué siempre en la Argamasilla de Alba, sin que se sepa por Cervantes ni por Avellaneda, que Marí Gutiérrez estuviese nunca en el *Toboso*, luego dispensar á Bracamonte de que fuese al *Toboso* á verse con su mujer, es un anacronismo en el cual no creemos que incurriese Avellaneda, sino Sancho, que seguramente no supo lo que se dijo.

Ateca.—Don Quijote y su escudero y fray Esteban y el soldado Bracamonte reciben alojamiento en casa de Mosén Valentín. Al día siguiente continúan su viaje camino de la Corte.

Lugar de los Sauces.—Se detienen á descansar á la sombra de unos sauces, en la cual hallaron cesteando á dos canónigos de Calatayud y á un jurado de la misma ciudad. A instancias de Don Quijote, refiere Bracamonte el cuento de *El Rico desesperado*, y el ermitaño fray Esteban el de los *Felices amantes*. Estos cuentos los introduce Avellaneda en su obra á imitación de *El curioso impertinente* y la *Historia del cautivo* de la obra de Cervantes, cuya primera parte hubo de leer repetidas veces el escritor tordesillesco.

Lugar de los pinos.—Donde nuestro buen hidalgo halló á Bárbara la mondonguera. Don Quijote en su loca y desvariada fantasía la toma por reina Cenobia.

Irueeha.—Lugar en donde fray Esteban y el soldado Antonio de Bracamonte se separan de Don Quijote.

Sancho, por orden de su amo, alquila al posadero una borrica vieja para llevar hasta Sigüenza á la reina Cenobia.

Sigüenza.—Se alojan en la posada del Sol.

Don Quijote pone un cartel en la plaza desafiando á singular batalla á quien no confiese que la gran Cenobia, Reina de las amazonas, es la más alta y hermosa princesa de la tierra.

Don Quijote compra una mula en veintiseis ducados para llevar en ella hasta la Corte á la reina Cenobia.

Venta ó castillo encantado, lugar de la aventura de los comediantes.

Alcalá de Henares.—Aventura del catedrático en medicina. Don Quijote pierde en la refriega caballo, adarga y espada y perdiera también la vida á pedradas y mojicones si la fortuna no le tuviese para mayores trances Don Quijote recupera su precioso Rocinante, recupera también la

adarga y la espada que se dice halló en una pastelería en donde habían sido empeñadas por unos estudiantes.

Madrid.—Reciben cómodo alojamiento en casa de un titular de la Corte á quien Don Quijote toma por el Príncipe de Perianeo de Persia, de las casas y casta del Emperador Oton, amante de la Infanta Florisbella y competidor del nunca vencido D. Belianis de Grecia.

Dice el sabio Alisolan que Don Quijote halló en casa del titular á su amigo D. Alvaro Tarfe y al juez que fuera de las sortijas corridas en la calle del Coso de Zaragoza.

Aventura con un paje del titular y con un alguacil de Corte.

Batalla de Sancho con el escudero negro del rey de Chipre.

Verifícase en la Real Casa de Campo el concertado desafío de Don Quijote con el gigante Bramidan de Tajayunque.

Bárbara la mondonguera ingresa por cuenta del Archipámpano en una casa de arrepentidas.

Sancho manda llamar á Mari-Gutiérrez y ambos se quedan en la Corte al servicio del Archipámpano.

Don Quijote sale para Toledo en donde le espera la Infanta Burlerina,

para que con su valeroso brazo libre á la imperial ciudad del cerco en que la tiene el alevoso príncipe de Córdoba.

Toledo. — Don Quijote, engañado por D. Alvaro Tarfe, ingresa en la Casa del Nuncio para curarse de su enfermedad.

Cuéntase que nuestro buen hidalgo salió de la Casa del Nuncio; pero como la locura tarde ó nunca se cura, se cree que volvió de nuevo á su porfiado tema de caballero andante, tomando por campo de sus correrías los dilatados llanos de Castilla la Vieja, en los cuales, se dice, que le sucedieron estupendas y jamás oídas aventuras.

CERVANTES MARINO

Es tan memorable la fecha de 7 de Octubre de 1571 en los fastos de nuestra historia, y va tan unido á ella el nombre del ilustre sabio complutense, Miguel de Cervantes Saavedra, que al hacer la reseña de la gran victoria de *La Liga*, no cabe prescindir del autor del *Quijote*, como no cabe prescindir tampoco de «aquella alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros», al biografiar, siquiera sea ligeramente, al más insigne príncipe de los ingenios españoles.

Tres son las naves españolas á que ha dado imperecedera y justa fama el nombre de Cervantes; la *Marquesa* en aguas de Lepanto; la *Sol* cuando al regresar á su querida patria fué apresada por los piratas argelinos, y el galeón *San Mateo* en aguas de las Terceras.

En la *Marquesa* embarcó Cervan-

tes como soldado de la compañía de Diego de Urbina Era la *Marquesa*, galera española que. mandada por Santo Prieto, formaba parte de la escuadra española, que coligada con la de la Santa Sede y Señoría de Venecia habían de disputar á los turcos el imperio de los mares. Eran por entonces los venecianos dueños y señores de la isla de Chipre y Selín II, por otro nombre el *Borracho*, hijo y sucesor del famoso Solimán, sultán de los turcos; rompiendo la paz ajustada con la Señoría de Venecia, se apoderó por asalto de las ciudades de Nicosia y Famagusta. Esto dió lugar á la alianza conocida con el nombre de *Liga Santa*, verificada en Mayo de 1571 entre la Santa Sede, la Señoría de Venecia y España El mando supremo de las fuerzas combinadas cupo al esforzado capitán D. Juan de Austria.

El día 7 de Octubre de 1571, tuvo lugar el encuentro en aguas de Lepanto de las escuadras turcas y coligadas é inmediatamente aprestáronse al combate. De más de 300 naves con 80.000 hombres se componían las escuadras cristianas, á cuyo número superaba en hombres y en bajeles la escuadra de Solimán.

Trabado el combate, bastaron no más que dos horas para dar al traste con todas las fuerzas enemigas; pereció el generalísimo turco Ali-Bajá y con él más de 200 bajeles de los que antes componían su formidable armada, y hasta á 30.000 hacen subir algunos el número de hombres de las dotaciones de los buques que sucumbieron en el combate La pérdida de las escuadras coligadas fueron de 15 bajeles y 8.000 hombres, de éstos, 2.000 se dicen que eran españoles y entre los cuales figuraba un soldado llamado Miguel de Cervantes Saavedra, que á bordo de la *Marquesa* libró del combate con el estropeamiento de una mano, estropeamiento que hubo de darle más tarde el gloriosísimo sobrenombre de *Manco de Lepanto.*

Repuesto del estropeamiento de su mano y de otras dos heridas que en el pecho recibiera, fué Cervantes destinado á la compañía de D. Manuel Ponce de León, Tercio de Lope de Figueroa, con el cual y bajo el mando otra vez de D. Juan de Austria, salió del puerto de Sicilia para pelear de nuevo en la conquista de Tnúez y la Goleta.

De regreso en Italia, tomó pasaje

para España en la galera *Sol* en Septiembre de 1575.

Tranquila y felizmente navegaba en demanda de las costas de su patria, cuando tuvo lugar el fatal encuentro con la escuadra de piratas argelinos, á cuyas fuerzas se rindió la *Sol*, después de reñido y porfiado combate. Hecha la distribución de los cautivos, tocó Cervantes al propio Dalí Mami que los había apresado, en cuyo cautiverio permaneció cinco años, y de regreso al fin en España, el que durante tanto tiempo había sabido sufrir los rigores de una estrecha y penosa esclavitud, se alistó como voluntario para la guerra con Portugal.

Concurrió después con el marqués de Santa Cruz á la conquista de las Terceras, embarcado en el galeón *San Mateo*, que fué uno de los que más se distinguieron en tan singular combate. Había tres buques franceses para cada bajel español, dice Fernández Duro, y sobre el *San Mateo*, que se hallaba rezagado, cayeron la capitana y otros de superior porte: viéndole tan fuertemente atacado é incendiado por cinco veces, viró nuestro general, reconcentrando todos los demás en su ayuda. La almiranta francesa fué totalmente destruída: la

capitana se desatracó del *San Mateo* y, aprovechando la ocasión para abordarla, la rindió el Marqués, después de una horrorosa matanza en que sucumbieron más de 400 franceses.

Retirado Cervantes del noble y honroso ejercicio de las armas, desempeñó en tierra servicios que, como propios de marinos, hemos también de considerar. A las órdenes del Consejero Antonio de Guevara, desempeñó el cargo de Comisario de Hacienda, para proveer de víveres á *La Invencible*. Disuelta ésta, siguió Guevara y con él Cervantes, encargados igualmente de proveer de víveres á las Armadas y flotas de Indias; por lo tanto, será fuerza considerar como marino á quién, como Cervantes, peleó en Lepanto, á bordo de la *Marquesa;* en Túnez y la Goleta, bajo las órdenes del esforzado capitán D. Juan de Austria; contra los piratas argelinos á bordo de la *Sol*, y contra los franceses en aguas de las Terceras, embarcado en el galeón *San Mateo*, bajo las órdenes del más ilustre é intrépido marino de la época D. Alvaro de Bazán.

EL QUIJOTE ANTE LA HIGIENE

Apasionados escritores del inmortal cuanto desgraciado manco de Lepanto, en su constante afán de escudriñar sus obras para poner de manifiesto, ya en una forma, ya en otra, toda la fecundidad de tan apreciable ingenio, nos lo presentan con títulos de tan honrosas y distintas profesiones que no falta quien lo haga como peritísimo geógrafo por las muchas citas de sus obras; quien como entendido médico por las sabias y atinadas observaciones que hace de la ciencia de Hipócrates y Galeno; quien como arrojado militar, por que con arrojo militara en los Tercios de Moncada y Figueroa, y quien como intrépido marino, porque á bordo de naves españolas peleara primero en Lepanto con D. Juan de Austria, después en Navarino y la Goleta y más

tarde en las Terceras bajo las órdenes del esclarecido marqués de Santa Cruz.

A nosotros toca hoy presentarlo como el más prudente y sabio higienista, pues no ha lugar á duda que una de las divisas que mostrara en su estandarte el esforzado paladín manchego era la de la higiene, la de la higiene propiamente dicha, la de la higiene social, la de la higiene de las costumbres, esto es, la higiene del alma unida con la higiene del cuerpo, ó lo que es igual, la higiene de la salud juntamente con la higiene de la conciencia.

Impelido por su generosidad, sale un día de su casa el afamado caballero y al abandonar su hacienda y con ella las comodidades y regalos propios de su casa, se entrega en los antojadizos brazos de la fortuna, para que le lleve donde más fuese servida; pero sin que le guíe otro interés que el interés supremo del bien, el socorro del oprimido, el amparo del menesteroso, el ayuda del débil en una palabra, el sacrosanto interés de la justicia.

Llega un día maltrecho y malferido á la venta en donde Maritornes servía, y queriendo mostrar su linaje á

la ventera la llama venturosa por haber alojado en su castillo á persona de su calidad, «que si yo no la alabo, dice, es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece.

Apaleado en ocasiones, no se duele de magullamientos ni heridas, que las heridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan, duélese más de las afecciones morales, porque los dolores del cuerpo, dice, pueden curarse con bizmas; pero los dolores del alma no se curan con emplastos.

De regreso en su casa Don Quijote de su primera salida, y mientras le dura el paroxismo de su magullamiento, el Cura y el Barbero llevan á cabo el escrutinio de su librería, medida de pura higiene del alma; pero ya es tarde, la higiene sirve más para evitar que para curar; la enfermedad habíase infiltrado demasiado en el cerebro del pobre hidalgo manchego.

En la descripción que hace á los cabreros sobre la edad dorada, dice que entonces se doraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, no había, dice, el fraude, el engaño ni la malicia

mezcládose con la verdad y llaneza.

La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender el favor ni el interés, que tanto ahora, la menoscaba, turba y persigue.

La ley del encaje aun no existía, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado.

Las doncellas y la honestidad andaban por donde quiera, sin temer á que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte otro nuevo laberinto como el de Creta.

De triste recordación será siempre para Sancho, cual molimiento de las estacas, la noche que precediera al día de la aventura del yelmo de Mambrino, por las congojas que llevara á su alma el temeroso ruido del incesable golpear de los mazos de los batanes, cuyas congojas trocáronse en raudales de risa, cuando ya de día, vino en conocimiento, que golpes de batanes y no otra cosa fuera lo que tan suspenso y medroso le tuvo toda la noche; pero fueron tales las muestras de su alegría que Don Quijote

tomando á burla las risas de su escudero, alzó el lanzón y le asestó dos palos en las espaldas, advirtiendo que en adelante se abstuviese de hablar demasiado con él «que jamás he hallado, dice, que ningún escudero hablase tanto con su Señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejo estimar en más. De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de Señor á criado y de caballero á escudero; así que, desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, porque después de á los padres á los amos se han de respetar como si lo fuesen.

En la plática que sostiene Don Quijote con D. Diego de Miranda, danse uno y otro reglas y fórmulas de buena higiene social y religiosa.

Al darse á conocer el del Verde Gabán, dice, que él es caballero más que medianamente rico. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy

lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día, reparto mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor.

Mas adelante Don Quijote refiriéndose á D. Lorenzo, hijo mayor de D. Diego, dice que á los hijos, por que son pedazos de las entrañas de sus padres, se los ha de querer ya sean buenos ó malos, y que á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres; para que cuando grandes sean báculos de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad.

Cuando ya Don Quijote en casa de los Duques asiste un día al banquete que éstos dieran en su honor, concurre también como comensal el capellán de la casa, quien no sabiendo como eclesiástico melindroso, soportar con sabiduría los disparates y sandeces de amo y escudero, reprende duramente á Don Quijote, y después

de aguantar la respuesta de éste se levanta de la mesa y se marcha de la casa, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, los cuales, libre de la enfadosa presencia del eclesiástico, dan á Don Quijote toda clase de satisfacciones diciéndole: vuesa merced, señor caballero de los Leones, ha respondido por sí tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer de éste aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe. Así es, respondió Don Quijote, y la causa es que el que no puede ser agraviado, no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados. La afrenta viene siempre de parte de quien la puede hacer y la pueda sustentar; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente.

En el capítulo XLII refiriéndose á los consejos que da Don Quijote á Sancho antes de partir éste para el gobierno de la ínsula, cuya merced le fuera otorgada por la liberalidad de los Duques, hállanse á porfía, más que en otra parte de la fábula, conse-

jos tantos y tan sanos y de tan alta moralidad política y social, que ellos solos fueran bastantes y más que sobrados para dar á cualquiera que no fuese Cervantes patente de gran moralista.

Como enumerar todos los consejos que diera Don Quijote á Sancho, sería hacer demasiado largo este artículo, cosa que está fuera de nuestro ánimo, extractaremos sólo aquellos que más encajen dentro de las condiciones del periódico y dentro también de las condiciones de este trabajo.

Estate, pues, atento, le dice, á este tu Catón que quiere aconsejarte, y ser norte y guía que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte.

Primeramente has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse al buey.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y préciate más de ser hu-

milde virtuoso, que pecador soberbio, porque si la sangre se hereda, la virtud se aquilata, y la virtud vale por si sola lo que la sangre no vale.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Al que has de castigar con obras no trates mal de palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

En lo que toca á como has de gobernar tu casa y tu persona, lo primero que te encargo es que seas limpio y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos.

Si has de dar libreas á tus criados, dásela honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra y repártelas entre tus criados y los pobres, y así tendrás paje para el cielo y para el suelo.

Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en las oficinas del estómago.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos ni de eructar delante de nadie. En verdad, Señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos

que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo.

Y por último, se templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

En un lugar

de la Mancha...

Hay un lugar en la Mancha cuyo nombre producía espanto en la memoria de Cervantes, siempre que por algo veíase obligado á recordarlo tan esclarecido ingenio. Lugar famoso por que se dice que en él fué escrita la obra más admirable de la literatura clásica universal y por que se dice también que era patria del protagonista de esa misma obra Cumplimiento exacto de un deber hicieron despertar de tal manera los odios contra sí, que ello sólo bastó para ser encarcelado, y no es extraño que el hombre se niegue á recordar el lugar donde tales amarguras se pasaran.

Cuéntase que libre Cervantes de los disgustos, sinsabores y pública vergüenza que le proporcionara el desfalco de que fué acusado de una

cantidad procedente de la recaudación de Vélez-Málaga, se trasladó á la Mancha á cobrar los diezmos correspondientes al Priorato de San Juan. Era Argamasilla de Alba, uno de los pueblos de aquella región que más atrasado se hallaba en el pago de este impuesto, y cuyos vecinos, temiendo que Cervantes llevase á cabo el apremio, lo encerraron, según se cuenta, en los sótanos de la casa llamada de Medrano. En tan obscura y estrecha cárcel, dícese que ideó y escribió la primera parte del *Quijote*, según él mismo afirma y según afirma también su contemporáneo y apócrifo Avellaneda, «¿qué podría engendrar, dice, el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno; *bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento*, y donde todo triste ruido hace su habitación»; pero no falta pues quien asegura, que la cárcel en donde se engendró el *Quijote* y á que se refiere el propio Cervantes, no fué en la de Argamasilla de Alba, sino en la de Sevilla, en donde se dice que estuvo igualmente preso por descubierto de

caudales, el célebre Mateo Alemán, cuya cárcel le sugirió tambien la idea para escribir su famosa novela picaresca titulada *Aventuras y vida de Guzmán de Alfarache, Atalaya de la vida humana*, que inmortalizó su nombre y que es una feliz imitación del *Lazarillo de Tormes*, de Hurtado de Mendoza.

Se dice que Cervantes, burlando la vigilancia de que era objeto por parte de los de Argamasilla, consiguió escapar de casa de Medrano, y huyendo hasta el Toboso, lugar de la provincia de Toledo, recibió franca y noble hospitalidad en casa del rico labrador Lorenzo Corchuelo, á donde llegara anochecido; pero como tras él llegasen también al Toboso sus perseguidores, enterados de que Cervantes habíase refugiado en casa de Corchuelo, pidieron á éste la entrega del *Sacamanteca*, nombre con que entonces conocíase en la Mancha á los recaudadores del diezmo. Lorenzo trata de ocultar á su huésped y protesta de que Cervantes se halle en su casa; pero su hija, la que más tarde sirviera á Cervantes para que el protagonista de su ingeniosa fábula fijase en ella todo el raudal y grandeza de su locura, la sin par Dulcinea, delata á

aquellos foragidos el lugar donde Cervantes se halla y les indica el sitio por donde pueden subir para llegar al paraje donde se oculta. Los de Argamasilla se apoderan de nuevo del recaudador del diezmo y mal, muy mal lo hubiese pasado, de no mediar en su favor el propio Lorenzo Corchuelo, á cuyas desaforadas voces acudieron los de la Santa Hermandad consiguiendo arrancarle de manos de sus tenaces y porfiados enemigos.

Ahora bien; reconstituyendo y dando fe á la leyenda y á los comentaristas del Ingenioso Hidalgo, Pellicer, Fernández de Navarrete, Clemencín y otros muchos ¿será éste acaso aquel lugar de la Mancha á que se refiere Cervantes en el comienzo de su obra y de cuyo nombre no quiso acordarse? (1) por que es indudable, que ha de producir amargura en nuestro ánimo y ha de resultar ingrato siempre á nuestra memoria, el recuerdo de aquellas cosas que dieron lugar á momentos tristes de nuestro pasado, de donde se deduce que graves aventuras y no muchas bienandanzas de-

(1) Se asegura que Alonso Quijano era natural del Toboso y que sus últimos años los pasó en Argamasilla.

bió ocurrirle á Cervantes en aquel lugar de la Mancha, del que tan manifiestamente demostró que no quería acordarse.

Cervantes y Avellaneda

Nihil novum sub sole, no hay nada nuevo en el mundo, ha dicho un poeta, y al desfilar ante la fantasía de su poética imaginación todas las creaciones maravillosas, detúvose admirado ante la obra de Cervantes, y conviniendo con el adagio de que no hay regla sin excepción, fijó como excepción de la suya el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ese precioso monumento de nuestra literatura, que ha sido y será siempre la envidia de los pueblos extranjeros.

Dícese que Cervantes, durante su prisión en casa de Medrano, Alcalde de Argamasilla de Alba, ideó y escribió la primera parte de la obra que había de hacerle inmortal y que había de darle más tarde el titulo de *Principe de los Ingenios españoles*. No era esta obra otra que el *Ingenioso Hi-*

dalgo Don Quijote de la Mancha, en que trata su autor de ridiculizar en lo posible y desterrar por completo los perniciosos y extravagantes libros de caballería tan en auge en aquellos tiempos y que tan corrompidas traían las costumbres sociales de la época; «pues no ha sido otro mi deseo—decía—que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías».

Como tipo protagonista de su obra, tomó Cervantes á un tal Quesada, vecino de Argamasilla de Alba. Era el tal hidalgo manchego tan extremadamente alto y de aspecto tan enjuto, que entre sus convecinos era solo conocido por el mote de *Quijada.*

Para el papel de doña Dulcinea, eligió según las más acertadas opiniones, á la hija de un ricó labrador del Toboso, llamado Lorenzo Corchuelo, por quien su lugar, dice, será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena y España por la Cava. (1)

El privilegio para la impresión del Quijote, lo obtuvo Cervantes con fe-

(1) Fernández de Navarrete dice que D.ª Dulcinea se llamó Ana y que fuè hermana del Doctor Zarco de Morales.

cha 26 de Septiembre de 1604. Antes de llevarlo á la imprenta acudió á don Alonso López de Zúñiga y Sotomayor, séptimo Duque de Béjar, para que patrocinase la obra y aceptase la dedicatoria de la misma; mostró reparo al principio; pero luego que Cervantes le leyó algunas páginas convino en aceptarla con agrado. Inmediatamente fué entregada á la imprenta, y vió la luz pública en los primeros meses del siguiente año de 1605.

La primera parte del Quijote fué tan friamente acogida por el público en general, que no faltó quien burlándose de tan extravagante título tildase á su autor con los más feos epítetos. Convencido entonces Cervantes de que sus lectores no comprendían el mérito del Quijote, publicó un folleto anónimo que bajo el título de *Buscapie y Borrachuelo* (1) aparentaba criticar la obra, exponiendo al paso las bellezas y clave de la misma. Tan ingenioso medio surtio los efectos apetecidos por cuanto que el mismo año se hicieron hasta tres ediciones en castellano y fué vertido á varios idiomas euro-

(1) D. Martín Ferdández de Navarrete y Clemencín, no está conforme con la existencia de este libelo.

peos. Esta multiplicación de ediciones nos recuerda las palabras que *Cide Hamete Benengeli*, pone en boca del bachiller Sansón Carrasco, refiriéndose á la primera parte del Quijote. «Es tan verdad, Señor, dijo Sansón, dirigiéndose á Don Quijote, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia: si nó dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mi se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca, —y más adelante dice:— «porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran, y finalmente, es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco cuando dicen: *allí va Rocinante*. No hay antecámara de Señor donde no se halle un Don Quijote: unos le toman si otros le dejan; estos le embisten y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se

descubre ni por semejas una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que católico» Si con lo expuesto no bastara para demostrar que Cervantes, por otro nombre *Cide Hamete Benengeli*, presentía el maravilloso resultado de su obra, bastara con transcribir las palabras que más adelante, en el capítulo LXXI, puso en boca del graciosísimo Sancho: «Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas.»

En 1610 se publicó en Milán una edición en castellano de dicha primera parte, con la dedicatoria de Su Mecenas el Duque de Bejar, sustituida por otra al Conde Vitaliano, (3) de la cual son aquellas memorables palabras que jamás olvidaremos por lo que significan respecto á la obra de Cervantes y respecto á nuestro idioma castellano: «sin hacerlo traducir en lengua toscana, dicen los editores al Conde, por no le quitar su gracia, que más se muestran en su lenguaje natural que en ningún traslado».

(3) Blanco Asenjo-España Moderna.

Un año antes de ver la luz pública la segunda parte del Quijote, en 1.614, apareció en Tarragona otra bajo el mismo título por un plagiario de Cervantes disfrazado con el pseudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, que se decía ser natural de Tordesilla; pero Cervantes asegura sin embargo que su patria era Aragón y su profesión sacerdote del Santo oficio. (1)

Algunos escritores quijotistas, más partidarios y defensores de Avellaneda que de Cervantes, hanse empeñado en demostrar no solo que el Quijote de aquél no desmerece en nada del de éste, sino más aún, que si el escritor tordesillesco no hubiese publicado su obra, Cervantes no hubiera escrito tampoco la segunda parte de la suya; pero lejos de eso, fuerza es decir á quien tales y tales absurdos sustentan, que, ó no han leido á Cervantes ó no lo comprendieron, pues cuanto á lo primero, á nadie se le oculta la diferencia que existe entre la hermosura de una y otra obra, (2) y en cuanto á lo

(1) Se dice que era confesor de Felipe III y que su verdadero nombre era Fray Luis de Aliaga y otros dicen que Ruiz de Alarcón.

(2) Clemencin llama á la obra de Avellaneda el *Contrahecho Quijote*.

segundo, bien claroy terminante dej a su pensamiento de continuarla con la tercera salida de Don Quijote en el capítulo LII y último de la primera parte; mas si esto no bastara á convencer á esos *quijotistas avellanados*, lean el prólogo de las Novelas Ejemplares que dedicó á Don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, en 1613, un año antes de que viera la luz pública el Quijote de Avellaneda, en cuyo escrito anunciaba ya la conclusión de la segunda parte de su obra, «y con brevedad, verás, dice al Conde, dilatadas las hazañas de Don Quijote y donaires de Sancho Panza.»

El apócrifo Avellaneda no contento con robar á Cervantes su pensamiento, se desató en su libro con un, diluvio de improperios y baldones, se burlaba de sus servicios militares llamándole manco, reíase de su pobreza y hasta se mofaba de su avanzada edad, como si el ser manco, pobre y viejo fuese algún delito. A todas estas injurias contestó Cervantes en el prólogo de la segunda parte del Quijote; respecto á la de manco le decía que el estropeamiento de su mano no había nacido en la taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes,

ni esperan ver los venideros, y á la de viejo, que no había estado en su mano detener el tiempo y que no se escribía con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.

***

De la lectura del Quijote se deduce y á nadie se le oculta, que el conjunto y lenguaje de la segunda parte de tan ingeniosa obra, es más rico y elegante que el de la primera, ya lo ha dicho un escritor cuyo nombre sentimos no recordar, que la segunda parte es más filosófica, las aventuras de Don Quijote revisten un carácter más fantástico que en la primera, y hasta el carácter de Sancho resulta más simpático, en cuyos innegables hechos vemos corroborada la verdad de aquel refrán castellano de que no hay regla sin excepción, y desmentido por consiguiente aquél otro de que nunca segundas partes fueron buenas, puesto por Cervantes en boca del bachiller Sansón Carrasco.

En Enero de 1615, solicitó Cervantes licencia para entregar á la imprenta la segunda parte del Quijote, dedicada á D. Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, á la sa-

zón virrey de Nápoles. Aludiendo en ella al Quijote de Fernández de Avellaneda, dice: «porque es mucha la prisa que de todas partes me dan de que le envie, para quitar el amargo y la náusea que ha causado otro *Don Quijote*, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe: y el que más ha mostrado desearle ha sido el gran emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase, pues quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de *Don Quijote*.» Termina la dedicatoria ofreciendo al Conde de Lemos los *Trabajos de Pérsiles* y *Segismunda*, libro, dice, á quien daré fin dentro de cuatro meses; el cual ha de ser, ó el más malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto; y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, por que según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.» Esta obra fué la última que produjo la privilegiada imaginación de Cervantes, y aun que la tenía terminada antes de

contraer la enfermedad que le llevara á la tumba, no se publicó hasta un año después de su muerte, y cuya obra si bien es cierto que no llegó á merecer los elogios que de ella hiciera su autor, publicaronse, sin embargo, varias ediciones en castellano y mereció los honores de ser traducida á varios idiomas europeos

Muchas y embozadas son las alusiones que en la segunda parte del Quijote hace Cervantes del libro de Avellaneda. Un escritor muy conocido, pero cuyo nombre no recordamos, dice que cuando aquél llegó á manos de Cervantes se hallaba éste en el capítulo LIX de su segunda parte, y verdaderamente que en el expresado capítulo se hacen alusiones; pero alusiones tan terminantes, tan precisas y tan claras, que no pueden dar lugar á la más pequeña duda.

***

Según el plan cronológico que precede á las ediciones de la Real Academia Española, hecho por el individuo de número de aquella Corporación, D. Vicente de los Ríos, la tercera y última salida que hizo don Quijote de su lugar, duró ochenta y

siete días, desde el 3 de Octubre hasta el 29 de Diciembre. El 30 de Noviembre llegaron á Barcelona el hidalgo manchego y su escudero Sancho Panza (1) hospedándose en casa de D. Antonio Moreno, rico y caballero discreto de aquella Ciudad que gustó de tan grata y deleitable compañía, hasta el 18 del mismo mes, en que convaleciente aún de los seis días que estuvo en cama, marrido, triste y pensativo de resulta del vencimiento con el caballero de la Blanca Luna, partió de allí para los campos del Montiel, obligado por las condiciones del desafío El 1.° de Diciembre, día siguiente al en que Don Quijote llegara á Barcelona, tuvo lugar en casa de D. Antonio Moreno el suceso de la cabeza encantada, después de cuya aventura salió Don Quijote, Sancho y dos criados de don Antonio á dar un paseo por la ciudad, y entrándose en una *emprenta* acercóse á un cajón y vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que

(1) Cervantes en el capítulo LXI de la segunda parte, dice que D. Quijote llegó á Barcelona la víspera del día de San Juan, D. Antonio Eximeno en su *Apología de Miguel de Cervantes*, publicada en 1806, ha dicho que el Quijote como fábula, todo es imaginario y que la cronología del tiempo imaginario no debe calcularse por los calendarios del tiempo verdadero.

se titulaba *Luz del alma*, pasó de allí á otro cajón y preguntando por el título del que corregían, le dijeron que se llamaba *La segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordesilla Ya yo tengo noticia de este libro, dijo don Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvo por impertinente; pero su San Martín le llegará como á cada puerco; que las historias fingidas tanto tienen de buenas y deleitables cuanto se llegan á la verdad ó la semejanza dellas, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas».

Más adelante, en el capítulo LXX refiriéndose á la muerte y resurrección de Altisidora, pregunta Sancho á la doncella le cuente lo que haya visto en el infierno, porque quien muere desesperado por fuerza ha de tener aquel paradero. «Yo no he entrado en el infierno, dice Altisidora, que si allá entrara no pudiera salir dél aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota..., y lo que más me admiró fué que le servían en lu-

gar de pelotas libros, aparecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva.... más hay otra cosa, que también me admiró, y fué que al primer boleo no quedaba pelota en pié ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno de ellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: mirad que libro es ese, y el diablo le respondió: esta es la *Segunda parte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,* no compuesta por *Cide Hamete* su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesilla. Quitádmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean más mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertára.»

***

Quien haya leido las ediciones del Quijote de 1605, habrá observado sin duda, á poco que haya fijado su atención, en los descuidos en que incu-

rrió Cervantes en dicha primera parte, descuidos que prueban que cuando aquél escribió su ingeniosa fábula la dió á la imprenta sin pararse á corregirla.

En el año 1.608 se hizo una nueva edición con algunos pasages corregidos por el mismo Cervantes, dejando de corregir otros muchos, entre ellos los que se refieren á la pérdida del rucio de Sancho Panza. En el capítulo XXIII, se cita por primera vez el hurto del asno de Sancho por Ginés de Pasamonte, no ocupándose de robar á Rocinante, dice, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida.» Hasta el capítulo XXX, no recupera Sancho su jumento, y sin embargo, en los siete capítulos intermedios lo hace Cervantes apearse varias veces de su asno. En el mismo capítulo XXIII en que le roban á Sancho su jumento, le hace seguir cargado con todo aquello que había de llevar el rucio; pero en esto, dice, alzó los ojos y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzón alzar no sé que bulto que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á alludarle si fuese menester; y cuando llegó, fué á tiempo que alzaba con

la punta del lanzón un cojín y una maleta .., más pesaban tanto, que fué necesario que Sancho *se apease* á tomarlos.»

Más adelante, refiriéndose Don Quijote al dueño del cojín y de la maleta, dice: «Engañaste en eso, Sancho, que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño, casi estamos obligados á buscarle y volverselos; y cuando no lo buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese:. así que, Sancho amigo, no te dé pena de buscalle, por la que á mi se me quitará si le hallo. Y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho á *pié y cargado merced á Ginesillo de Pasamonte* »

En el capítulo XXV al despedirse Don Quijote del cabrero de Sierra Morena, subió sobre Rocinante y mandó á Sancho que le siguiese, el cual, dice, lo hizo *con su jumento* de muy mala gana. En el mismo capítulo XXV, y en otros dos pasages, pone en boca del gracioso escudero las lamentaciones de la pérdida del rucio.

En el capítulo XXIX se lamenta Sancho de nuevo de la pérdida de su

rucio, y en el capítulo siguiente, yendo éste y Don Quijote por un camino, «vieron venir á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca, les pareció que era gitano; pero Sancho Panza que doquiera que veía asno se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno como era la verdád, pues era el rucio sobre que Pasamonte venía.

Otra de las contradiciones que hallamos en el Quijote es aquella que se refiere á la espada de Sancho. Lo que en un capítulo se asegura en otro se desmiente, y todo ello pone al lector en un estado de perplejidad que su confusión llega hasta el extremo de no saber á que atenerse. En el capítulo XV de la primera parte, es por boca de Don Quijote por donde primeramente venimos en conocimiento de que Sancho, á pesar de su estado escuderil, *usaba espada* «que cuando veas, le dice, que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tu mano *á tu espada* y castígalos muy á tu sa-

bor,» y más adelante, en el mismo capítulo, ya no es Don Quijote, es el propio Sancho, el que hace la afirmación,» que en ninguna manera, dice, pondré mano *á la espada* ni contra villano ni contra caballero «En el capítulo XLVI se hacen referencias al mismo asunto y en el capítulo IV de la segunda parte habla Sancho nuevamente de su espada, cuando dirigiéndose al bachiller Sanson Carrasco, le dice: «aviso á mi señor que si me ha de llevar consigo ha de ser con la condición que él se lo ha de batallar todo.... porque pensar que tengo de poner mano *á la espada*, aunque sea contra villanos malandrines, es pensar en lo escusado;» pero en el capítulo XIV se desdice de todo y desdice tambien á su amo, pues aquí asegura, cuando á pelear le reta su compadre Tome Cecial, disfrazado de escudero del caballero de los espejos, que él se halla imposibilitado de hacerlo por *no tener espada, pues en mi vida me la puse»* ¿Es que Cervantes al llegar á este pasaje se olvidó de lo que repetidamente dijo en capítulos anteriores ó es que á Sancho le convino mentir para no verse en la necesidad de pelear?.

Como descuidos ó lunares del Quijote, como injustamente han dado en llamarles algunos cervantistas, pudiéramos citar otros muchos, pero por no hacernos demasiado prolijos vamos á citar tan solo la inconsecuencia en que incurrió Cervantes, culpando á Fernández de Avellaneda de llamar Mari Gutiérrez á la mujer de Sancho, siendo así que él mismo, en el capítulo séptimo de su primera parte, la llamó indistintamente Juana Gutiérrez, y Mari Gutiérrez. En el capítulo LIX de la segunda parte la llama Juana Panza, diciendo, «que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos.»

Que todo esto fueron distraciones de Cervantes, lo dice él mismo por boca de Sansón Carrasco y de Sancho en el capítulo IV de la segunda parte, cuando dando cuenta aquél á Don Quijote y á su escudero de la historia que había leido de la primera y segunda salida de Don Quijote, dice que el autor de la tal historia incurrió en algunos errores, «pues se olvida de contar quien fué el ladrón que hurtó el rucio á Sancho» en ésto no

está tampoco en lo cierto Sansón Carrasco, pues ya dice Cervantes en el capítulo XXIII que fué Ginés de Pasamonte, «y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mismo jumento sin haber parecido.» «A eso dijo Sancho, no sé que responder, sino que el historiador se engañó, ó sería descuido del impresor.»

Y por último, sería inacabable cuanto de una manera ó de otra pudieramos decir respecto del Quijote, de ese gran monumento nacional que parece construido por inspiración divina y que dejando á un lado los espirituales como el Veidan, los Evangelios y el Corán, es seguro que de ningún otro se han tirado tantas ni tan numerosas ediciones. «Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, decía Don Quijote, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia.» Con él trata Cervantes, como deciamos al principio, desterrar los perniciosos libros de la caballería andante y logra al fin, por medio del ridículo, lo que no consiguieron tantas eminencias como los Vives, Venegas y otros muchos. Tan difícil tarea la encomienda á Don Quijote y á Sancho Panza: y desde entonces,

como ha dicho un ilustre publicista, quedó la sociedad dividida en las dos castas en que las dividiera Cervantes; la casta de los Quijotes, desfacedores de tuertos y la casta de los Sanchos que viven con la esperanza de gobernar ínsulas Baratarias.

Tirada de 200 ejemplares.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Archivos Españoles, su origen y su historia.

Itinerario de los ferrocarriles de España y Portugal.

EN PREPARACIÓN

Curiosidades históricas.

¿ .....?

ÍNDICE

Página

El Bandolerismo y el Quijote.. 3
Crítica social reflejada en las bras de Cervantes..... 13
La cuna de Cervantes..... 23
Los dos Quijotes..... 31
Las mujeres del Quijote..... 37
El sabio Frestón..... 51
Itinerario del Quijote de Avellaneda..... 57
Cervantes marino..... 67
El Quijote ante la higiene..... 73
En un lugar de la Mancha..... 83
Cervantes y Avellaneda..... 89

FÉ DE ERRATAS

Página.	Linea	Dice.	Debe decir
39	28	mumentos	momentos
»	31	raudas	randas
41	17	ledice	le dice
45	34	marmorras	mazmorras
47	32	d	de
48	1		le
69	30	Tnúez	Túnez
102	7	pasages	pasajes
103	26	pasages	pasajes

LIBRERIA PASSIM, S. A.
Bailén, 184 - Teléf. 257 47 57
BARCELONA-9

Precio: 2 ptas

PQ6352. A7

a39001 009004287b

10/71